



ESCUPIDERAS

Escupidera es un recipiente, de loza o metal, usado para escupir en él. Era un utensilio doméstico o de uso higiénico para recoger las expectoraciones, está documentado desde la Antigüedad, conservándose algunos ejemplares de fabricación sofisticada y lujosa.

En Japón y en China, durante la dinastía Qing, las escupideras de oro eran objetos usuales en las recepciones. Su utilización se registra todavía durante la era comunista, dentro de las campañas de higiene pública, convertidas en objetos públicos y frecuentes también en las casas (en un intento por corregir o al menos atajar la práctica oriental, como la de los futbolistas, de escupir en el suelo). Tradicionalmente se fabricaron en porcelana blanca. Diversos museos orientales y occidentales conservan curiosos ejemplares.

En Occidente, durante el siglo XIX, la costumbre de mascar tabaco o betel y escupir la mezcla ensalivada, hizo de la escupidera un objeto habitual en los pasillos de hotel, las estaciones de ferrocarril y otros lugares públicos. Incluida en el proceso industrial, la escupidera adoptó su formato más “estable”, es decir baja y pesada, para evitar que una patada o tropiezo accidental volcara su contenido.

Otro de los éxitos de este recipiente fue la necesidad de evitar la propagación de enfermedades, utilizándose para ello escupideras que contenían soluciones antisépticas. Así, a principios del siglo XX, los médicos recomendaban a sus pacientes de tuberculosis el uso de unos tarros con tapadera o bolsas, como escupidera personalizada o de bolsillo. Tres de estos curiosos recipientes los tenemos en la vitrina del Museo. Otra gran campaña para su uso fue la provocada por la epidemia de gripe de 1918. En la pandemia COVID, la escupidera ha sido sustituida por el higiénico pañuelo desechable de celulosa.

El uso de la escupidera en la lucha antituberculosa. En 1882 Koch identificó el microorganismo causal. En torno a 1900 era la principal causa de mortalidad, que solo disminuyó con la mejora de la nutrición y de las condiciones de vida. Hasta 1947, fecha en la que se descubrió la Estreptomicina y en 1971 la Rifampicina, no se disponía de un tratamiento eficaz contra la enfermedad.

La preocupación por la tuberculosis en nuestro país se remonta al año 1751, cuando el Rey Fernando VI mandó crear, en el Hospital de la Venerable Orden Tercera, una sala independiente destinada a enfermos tísicos, mientras aún en

Europa la “ciencia internacional” dudaba del carácter contagioso de la enfermedad. La muerte por tuberculosis del rey Alfonso XII en el año 1885, junto a la celebración en el año 1888 del Congreso de Ciencias Médicas de Barcelona, donde se propuso implantar el modelo sanatorial en España, fueron los detonantes de una alarma social, que trajo consigo la adopción de ciertas medidas higiénicas en la sociedad, así como la aparición de las primeras instituciones públicas de lucha contra la tuberculosis. **España, a principios del siglo XX, se llenó de escupideras y de carteles de "No escupir", y el rey Alfonso XIII, huérfano por culpa de la tuberculosis, creó, junto a su esposa Victoria Eugenia, el Real Patronato Central de Dispensarios e Instituciones Antituberculosas, en el año 1907.**



En la actualidad no está erradicada. En España su incidencia es baja. A partir de datos actualizados a marzo de 2023, procedentes de la Red Nacional de Vigilancia Epidemiológica, en el año 2021 se notificaron 3.754 casos de TB en España, de los que 151 fueron importados.

La historia de la Medicina, como la de España, hay que juzgarla en su tiempo y no caer en lo que conocemos como “presentismo”, que es juzgar la historia fuera de contexto y tiempo deformándola, al hacerlo con el conocimiento y situación actual. Por eso, a continuación, vamos a retrotraernos al pasado y contar la teoría infecciosa y normas higiénicas que, sobre la tuberculosis se relata de forma literal y paternalista, en este escrito, de las primeras décadas del siglo XX.

<< De entre esas materias que expulsan los tuberculosos la más temible es “el esputo”, en primer lugar, por ser más frecuente la tuberculosis de los pulmones y además porque hay esputos que contienen la enorme cantidad de 300 millones de bacilos de Koch, que suponiendo que un enfermo escupa una vez por hora, en 24 horas habrá expulsado 7.200 millones de microbios mortíferos que nos asedian, y aunque con nuestras energías podamos destruir la mayoría, no somos potentes para tan exorbitante número y vencidos en la lucha nos hacemos tuberculosos yendo a sumarnos la mayoría de las veces al número de víctimas que sufre la humanidad por tan terrible azote.

También las úlceras que supuran y las deposiciones de un tuberculoso con lesiones en el intestino son capaces de contagiarnos, pero no tan fácilmente por ser menos frecuentes y porque no tienen las facilidades como el esputo ...

El esputo es, pues, el que más fácilmente nos contagia por su número y porque continuamente nos asedia, pues debido a la falta de cultura del pueblo, es cosa corriente que cualquier persona escupa en el suelo, ese esputo se seca y es convertido en polvo, y al barrer, al andar levantamos ese polvo, se mezcla con el aire que respiramos, y a nuestros pulmones va, y de encontrar facilidades allí se queda, fructifica y convierte aquella persona en un tuberculoso.

Esta forma, la más general del contagio, no es la única; personas un poco más delicadas no escupen en el suelo, lo hacen en su pañuelo, y como es un tejido que absorbe tan fácilmente el agua que contiene el esputo, se seca éste fácilmente y al cogerlo, las manos de aquella persona están repletas de microbios tuberculosos...

¿No es horrible las múltiples y fáciles condiciones de contagio que motiva el esputo de un tuberculoso? ¿pues por qué no recoger ese esputo y destruirlo? **Si ese esputo es recogido en una escupidera, si esa escupidera es recogida por una persona que conoce sus peligros y, teniendo como tenemos medios, es destruido el bacilo de Koch que contienen, habremos destruido la causa y por lo tanto habremos evitado el contagio de la tuberculosis y con ello habremos salvado a la humanidad de su terrible azote.**

¿Como puede evitarse el contagio de la tuberculosis?

La tuberculosis es la enfermedad contagiosa que más fácilmente se puede evitar por ser conocidas las formas del contagio; así es que cualquier persona, por débil o pobre que sea, lo evitará siempre que guarde las reglas que a continuación se exponen:

1ª. Toda persona, esté sana o enferma, debe procurar escupir en tal forma, que sus esputos no sean un peligro para nadie, porque en nada puede conocerse, de buenas a primeras, si un esputo es o no tuberculoso. Para lograrlo no escupáis en el suelo de los locales cerrados (incluyendo en ellos los coches, tranvías y vagones de ferrocarriles), ni en el suelo de las calles concurridas, porque si lo hacéis, el esputo se convierte en polvo al secarse; y al levantarse por las corrientes de aire, o al barrer o al andar, se mezcla con el aire que respiramos.

Escupir en las escupideras que existan en las habitaciones, y si sois tuberculosos llevar escupidera de bolsillo y escupir en ella. Si os veis en la



necesidad de escupir en la calle hacerlo en el arroyo, nunca en las aceras, pues éstas no son regadas tan fácilmente; además, que en ellas transita más gente y en las suelas de los zapatos puede adherirse el esputo...

Para lograr seguir todas estas reglas, es necesario colocar escupideras que se puedan lavar fácilmente y llenarlas de un líquido que deberá cambiarse con frecuencia, y si escupen tuberculosos lo mejor es hervir el líquido y la escupidera. **Si sabéis que sois tuberculosos escupir siempre en vuestra escupidera de bolsillo y encargáros de lavarla vosotros mismos (en sitios donde no se laven ropas ni utensilios para alimentos) con agua corriente, y de poderlo hacer, meter la escupidera en un cacharro que tengáis para tal uso, ponerlo al fuego con agua y hacer hervir durante tres minutos por lo menos.**

2ª. Al toser expulsáis pequeñas partículas de esputo; pues para evitar que otra persona las aspire, poneros las manos delante de la boca cuando lo hagáis, y si no lo hacen las personas que estén con vosotros, volveros la cara hacia el lado opuesto, cuando tosan>>.

A todas estas normas le acompañaban otras once, como el prohibir besar a los niños o compartir bebidas y alimentos.

Como habéis podido leer, en esos años, el uso de las escupideras era una gran medida profiláctica, que ayudaba a disminuir la diseminación de la terrible plaga. Las populares escupideras desaparecieron de los lugares públicos tras la segunda guerra mundial.

Otras escupideras fueron las de los dentistas, que desaparecieron al incorporarse junto a una fuentecilla, en el conjunto del sillón articulado. Hoy continúan utilizándose las de acero inoxidable del catador de vinos, que le permite realizar su trabajo sin riesgo de intoxicación etílica y poder hacer un enjagüe entre cata y cata.

En las vitrinas del Museo tenemos: A la izquierda, tres bellas escupideras de bolsillo, una de metal y dos de cristal azul para que no se visualizara su asqueroso contenido. En el número XXVIII de “La Ilustración Española y



Americana”, publicada el 30 de julio de 1900, se glosaba, quizá con cierta fantasía, la utopía inaplicable de la escupidera de bolsillo y de vía pública, inventadas ambas para facilitar la observancia de las órdenes de la prefectura de policía, prohibiendo la expectoración sobre la vía pública. Órdenes prudentes y aparatos ingeniosos.

En la misma vitrina, a la derecha, cuatro escupideras de cerámica, dos de suelo y las otras dos de porcelana con mango, para facilitar al personal sanitario la portabilidad y sujeción, mientras el debilitado paciente expectoraba.